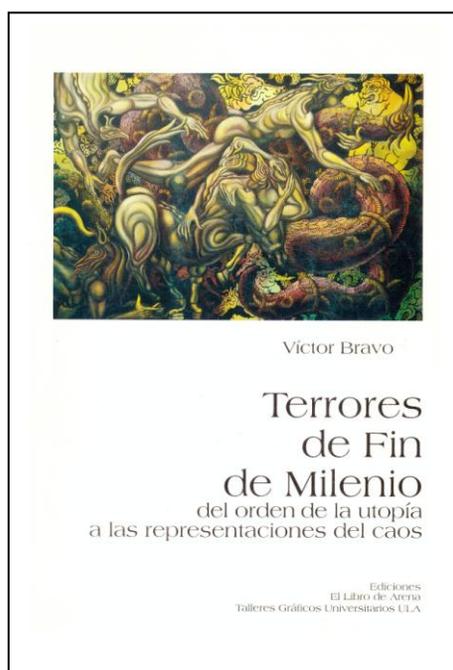


<http://gregoryzambrano.wordpress.com/aula-virtual/>

## Víctor Bravo, al conjuro del lenguaje

**Gregory Zambrano**

Víctor Bravo, *Terrores de fin de milenio*, Mérida, Ediciones El Libro de Arena-Talleres Gráficos Universitarios, 1999, 247 p.



Cuando leo *Terrores de fin de milenio*, no sólo leo sino que escucho a Víctor Bravo mostrando desde su reflexión su entusiasmo por el lenguaje, por la escritura. Pasión constante, reafirmada, abierta, es huella palpable de la certeza. Estos tiempos que vivimos, de terrores, de miserias, de contrasentidos, engendran el caos y contra él –más allá de los designios irremediables de quienes se resignan– Víctor acomete una y otra vez, en cada oportunidad con mayor

claridad, mayor hondura, la continuidad de esa certeza. Busca y logra explicar con precisas palabras las trazas de la cultura que sólo a través del lenguaje –de los lenguajes– se pueden manifestar.

Pero, ¿qué mueve a Víctor Bravo, más allá de esa pasión por el decir, esa irrefrenable apetencia por el juego de asociaciones, por la síntesis del pensamiento occidental, desde lo ancestral hasta lo contemporáneo? Por sus palabras pasan poetas y filósofos, científicos y narradores, actores y directores de cine, personajes y paisajes; por su agudeza y reflexión transitan los lenguajes y los idiomas, maneras infinitas de ser el universo. Y no podría ser diferente si la superficie más propicia y sensible de ese lenguaje, como él mismo lo advierte, es la literatura; entonces asistimos a la puesta en diálogo de universos simbólicos que obedecen a múltiples tradiciones.

Víctor Bravo, desde su oficio de escritor, tiene también vocación de filósofo y la refrenda en esa simbiosis que alcanza su fin último en una síntesis, hermosamente expresada, de las múltiples y ricas formas de representación del lenguaje; desde ellas apuesta por el conocimiento y comparte las ganancias. Desde esos fenómenos finiseculares reunidos bajo los signos del caos y el terror, se producen los prodigios del lenguaje, se restituye un orden, se afianzan las certezas de que el hombre habita y edifica con su lenguaje la cultura, y mediante ella "conoce" para la vida, porque la muerte es el gran misterio, trátese de la muerte definitiva o la muerte en vida, como la de los vampiros. La vida reafirma el presente y su horizonte, se asienta sobre lo que al parecer es la única utopía que aún se pasea campante, la utopía estética. Para los filósofos modernos ésta, fundamentada en el lenguaje, crea la certeza de lo permanente. Víctor Bravo, desde la reflexión que ahora nos trae en su más reciente publicación, refrenda una pasión vital, creadora, que se ha puesto de manifiesto, desde hace muchos años, no sólo en la escritura sino también en la cátedra, en su ejemplo, en la ética de su acto creador.

El trabajo intelectual de Víctor, diverso en sus lenguajes (libros, cátedras, foros) y principalmente formativo, es de los más fecundos y visibles en el

panorama intelectual venezolano de este fin de siglo. Su proyección se acrecienta, sus estudios –ensayos que se abren al diálogo cultural en su más amplia expresión– tienen arraigo en una tradición universalista como lo fue la de Simón Rodríguez, Mariano Picón Salas y Juan Nuño, entre otros. En su caso específico, abreva con mayor intensidad en la filosofía. Él mismo ha definido su proyecto de escritura entre el estudio y el ensayo; la forma se va amoldando a su verdadera esencia, la reflexión culturológica desde el lenguaje, acercándose a las fronteras de varias tradiciones, de la venezolana a la latinoamericana, de ella a la universal con creadores y pensadores de diversos ámbitos geográficos y lingüísticos, cuyas fronteras son traspasadas por ese afán de síntesis que deviene ambición abierta por el conocimiento.

De allí que su proceso de escritura esté revisándose constantemente, ampliándose, ganando profundidad y aperturas. Al mismo tiempo que sus preocupaciones teóricas y filosóficas se prolonguen en una serie extensa de títulos que se relacionan y compenentran como un elaborado sistema de vasos comunicantes. Y ¿cuáles son esos *terrores de fin de milenio*? ¿cómo se produce el tránsito del orden de la utopía a las representaciones del caos?: en resumen se proponen unidades de sentido, conformando un sistema pareado que funciona como síntesis y provocación ante las posibilidades de la argumentación filosófica: la representación y la alteridad; el poder y la ironía, el mal y la expresión estética, la monstruosidad y la belleza, el silencio y el absurdo, lo fantástico y lo paradójico, la utopía y el caos.

En todos estos contenidos riela el denominador común de la expresión armónica, los conceptos rigurosos, la consistencia argumental y las exploraciones simbólicas de la palabra, que dice y dice bellamente desde las postrimerías del milenio. Rigor y belleza de la expresión son dos puntos que tensan el arco y lanzan la flecha al blanco del sentido.

Y qué decir del libro-objeto, defendido con fervor en sus primeras páginas. Este hermoso volumen, elaborado con buen gusto, con deleite, cónsono con sus contenidos de enigmas y revelaciones, se consustancia con la luminosidad, el

colorido y los lenguajes de cromatismo y forma de Henry Bermúdez, lo cual abre –en esa inagotable posibilidad del diálogo– una nueva y vivaz significación, que coherentemente propone la alianza entre el objeto que se representa y la palabra que reflexiona desde ella misma. Ejercicio autorreflexivo, que habla desde el lenguaje sobre el lenguaje, del libro desde el libro y desde la simbología del arte de Henry Bermúdez. Así deviene riqueza, belleza e inquietante propuesta plástica que vemos intercalada en la obra.

El caos y la catástrofe vuelven a ser en el discurso el ciclo que plantea las mismas angustias. Asistimos ya no como invitados sino como testigos de excepción a la desazón del fin de milenio, no sabemos si con menos certezas que aquellos que asistieron con la misma sensación de fin a la culminación del milenio anterior. Hoy somos parte de "lo inenarrable de la expectación, la esperanza y el terror por la llegada de la hora final" (p. 29). Somos parte ineludible del azar, del desorden, del caos, y al mismo tiempo, somos parte del sentido imaginario de la utopía: "el orden perfecto, jerárquico y sin cambios, situado en el futuro" (p. 42), por ello hay esperanza. Y en ese conocimiento se concentran críticamente los sentidos refundadores del lenguaje, que salen del hombre para crear una nueva realidad sostenida siempre en la palabra. Todo el bagaje que subyace en este reciente volumen es síntesis de diversas formas de pensamiento en Occidente, es suma crítica de múltiples discursos y reflexiones; es como una *matriuska* que guarda secretos –de similar naturaleza– en su interior y se va haciendo más menuda, y más aguda al mismo tiempo. Por eso, una obra como la de Víctor Bravo, en su conjunto, nos hace presuponer o, mejor, creer que el sentido y el para qué de la reflexión son un necesario tirabuzón, cargado de interrogantes y respuestas, que gira hacia el infinito.

México, DF, julio 2000.

[Publicación original: "Víctor Bravo, al conjuro del lenguaje. A Propósito de *Terrores de fin de milenio*", "*Verbigracia*", *El Universal* (Caracas) (Sección Libros, Lecturas y Lectores), núm. 70, 02-09-2000, p. 4].